

Hace poco más de cien años, en tiempos del señoría de la vieja y mal conservada diligencia, aun cuando el viaje de Perpiñán a Gerona pedía unas doce horas largas, grande era el predicamento de que gozaba nuestra provincia. El corcho que la misma producía había acreditado mucho más allá de los Pirineos por su espesor, su elasticidad y su blandura.

Pero mientras en Francia iba acentuándose la necesidad de comprar nuestros tapones, gracias a cuyo empleo se acrecentó considerablemente la exportación de los vinos del vecino país, cubriase cierto día el cielo de esta comarca corchotaponera de oscuros nubarrones por disposición de una nueva ley de aranceles en virtud de la cual y por razones que sería prolijo narrar, se permitía la exportación de la primera materia en bruto mediante pago de unos derechos tan insignificantes que bien podía decirse que se le concedía a aquella una libertad absoluta.

Muy sereno y bonancible ofreciase en cambio el horizonte a franceses, ingleses y holandeses que con anterioridad se habían llevado una cantidad de bellotas de esta tierra con ánimo de plantarlas en la suya, aunque los avisados supieran perfectamente que el clima ingrato de su país no era el más adecuado para premiar sus patrióticos intentos.

Alarmados, según puede colegirse, nuestros taponeiros ante la poca importancia que se concedía a la industria del corcho elaborado, y al darse cuenta de las funestas consecuencias que tamaño atropello podía acarrear, pronto surgió de entre ellos un grupo de animosos, aficionados a las cosas del mar, o con deseos de ver mundo, los cuales, decididos a jugar el todo por el todo, y desafiando las furias del Océano, enroláronse en los buques de vela. Algunos de ellos, por su pericia en el arte de guisar, fueron luego cocineros de a bordo.

Otros siguiendo el ejemplo de sus compatriotas y ante la perspectiva de hacer fortuna en las vírgenes tierras americanas o en sus grandes capitales, fuéronse para desembarcar fijando su residencia con preferencia en las Antillas. Los trabajos y sus rigores y las privaciones a que hubieron de someterse no hicieron mella en su ánimo; la idiosincracia, el humor festivo y jovial de los catalanes de aquellos tiempos, y muy en particular el que se atribuye a nuestros recordados paisanos, cundió rápidamente en las lejanas regiones donde por su laboriosidad y su inteligencia hicieron dignos del mayor encomio. Y no ha de sorprendernos por lo tanto que los hayamos visto aparecer entre los escritores cubanos de aquellos tiempos y desfilar incluso en las columnas de sus periódicos. Fruto de mi rebusca, evocador de la chispa de aquellos compatriotas y que toma el color del modo de ser de su época, unas rimas, publicadas en el periódico *La Atlántida*, de La Habana y que gustosamente a continuación transcribo:

*Carta de un payés llegado a Nueva-York
a un compañero de Cataluña.*

Estimat company i amic:
A Nova York he arribat.

A penes he descansat
i aquesta carta t'escric.
Al fi de la llibertat
em trobo en el clàssic sòl;
aquí tothom fa el que vol...
si ho permet l'autoritat.
Nova York té el carrers grans;
les cases toquen el cel,
les dones tenen bon pel
i els homes semblen gegants.
Els diaris son llensols,
els carrers son llargs i drets
i solen ser bastant nets
quan no hi ha neu, fang o pols.
Pero, noi, els yanquis tenen
un modo tal de parlar
que jo no em puc explicar
com ells mateixos s'entenen.
Quan es parla anglès es tanca
la boca i s'obren les dents,
i si cuidado no hi téns
la llengua se t'entrebanca.
Explicar-me jo no puc
(i saps que no soc cap plepa)
que del pebre en diguin *pepa*
i d'una cuinera *cuc*.
Corn es diu el blat de moro,
sombret és un tros de pa,
i en comptes de dir *demà*
es diu en anglès *tu moro*.
Diuen *bota* a la mantega,
i per dir JO diuen *All*,
i aixó m'ompla el cor d'esglai,
puix sembla que algu gemega.
Escúral vol dí esquiroi;
per dir *mitja* es diu que *es toquin*,
del fumar s'en diu que *es moquin*,
i del carbó en diuen *col*.
La mare diuen que és *moda*
pero la *gran moda* és l'avia,
i la familia és tan sàvia
que el germà diuen que *broda*.
Si a una noia malalteta
te li acostes molt humil
preguntant: *¿que duià fii?*
ella et contesterà *beta*.
Com més disbarats els diguis
més t'entendran de segur;
per dir *dos* has de dir *tu*
i per dir *números*, *figues*.
I tot pel mateix estil;
cinc és l'aiguera; ja ho sentis!
Per dir *quartos* digues *cents*
i per di un molí, *mil*.
Sols una cosa, Geroni,
trobo jo en aquest llenguatge
ben dita; i és, mal vinatge,
que *diner* es diu *dimoni*!

He aquí otro toque a nuestra historia chica; esa historia humilde y risueña que solo se nutre de los detalles, menudos, insignificantes a veces, pero llenos de vida y de color, que saben de costumbres, tradiciones y tiempos, así como de aquel desenfado y de la jovialidad imperturbable, propia de los recordados hijos de este suelo. J. — Soler Cazeaux